

UN RETRATO DE CERVANTES EN LA COLECCION CASA TORRES

P O R J U L I A M É L I D A

ENCLAVADA en esa recogida calle madrileña que titula el santo monarca castellano Don Fernando III, se halla una mansión cuyo aspecto peculiar de casa antañona se ha remansado perenne, sin seguir la corriente de los modos constructivos actuales. Franqueado el umbral, hemos retrocedido a otra centuria, y al quedar rezagados del tiempo, se aquietó en el espacio un fatigoso trepidar de vida moderna.

Penetramos en un zaguán ya en penumbra de atardecer. Se ofrecen a nuestra contemplación formas quiméricas que diríanse producto de la fantasía. Sin embargo, nos hallamos ante unas auténticas armaduras de torneo, que varios siglos atrás cubrirían a caballeros dispuestos en la liza a combatir por su dama. Esta proyección retrospectiva nos sitúa a cien leguas de esta época empinada por altura de rascacielos, cuando ya ese hierro que tornaba invulnerables a los paladines de un ideal, se ha convertido en armazón de vigas utilitarias. Nos acechan por la escalera más espectros del pa-

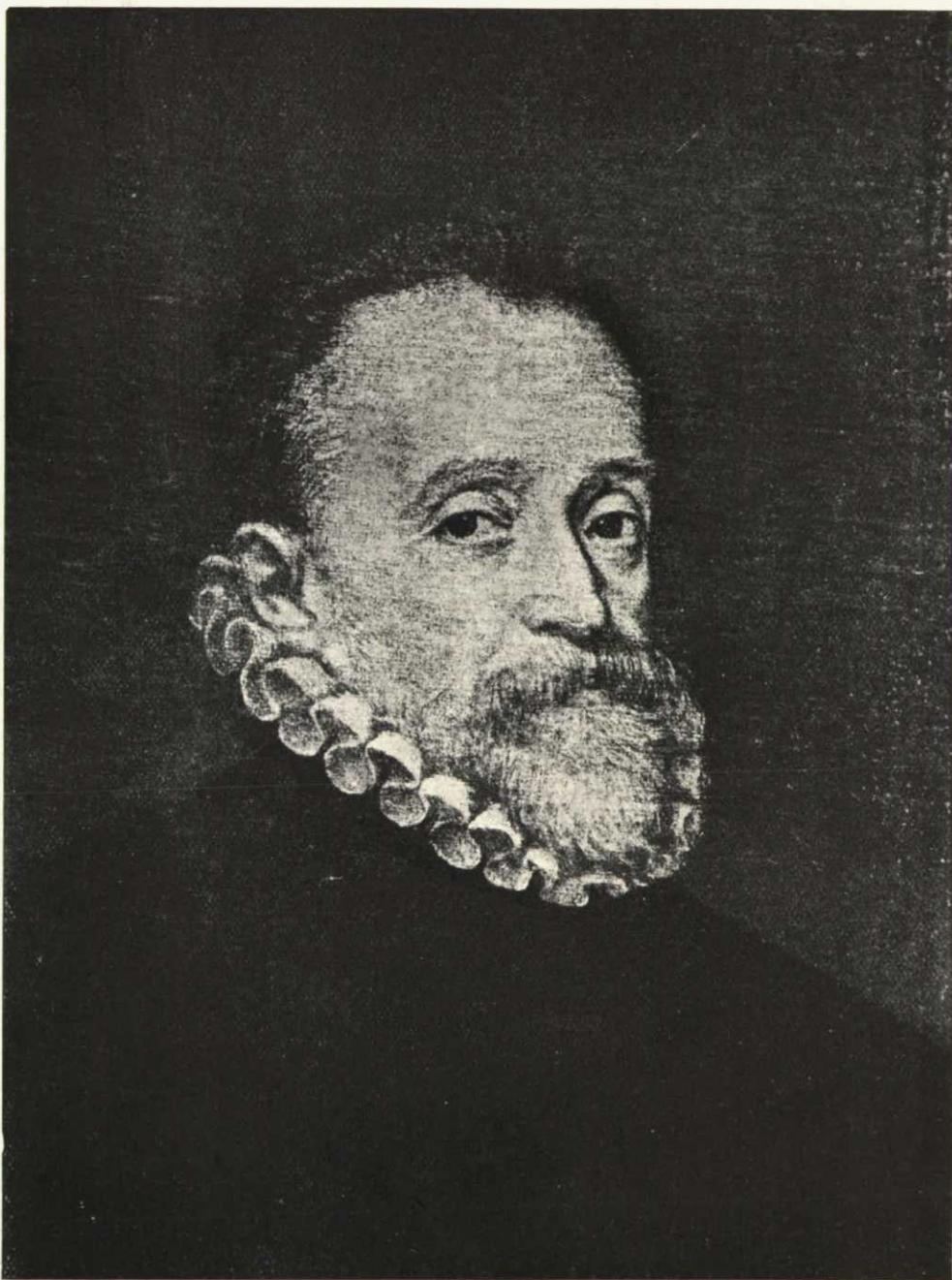
sado glorioso, cual si esos imaginarios guardianes forrados con las cotas de malla defendieran el tesoro de unos cuadros de Velázquez, el Greco, Zurbarán o Goya.

Estamos ante la asombrosa galería que pertenece a D. Cesáreo Aragón, marqués viudo de Casa Torres, el más esforzado coleccionista de objetos de arte. A esa magna tarea de acumular cuanto encerrara belleza de forma o de valor histórico dedicó todas las fases de su existencia, octogenaria ahora, este benemérito caballero español.

Adolescente todavía Cesáreo Aragón, con el entusiasmo de sus bríos juveniles, comienza a formar una colección de armas, la cual viene a sustituir sus últimos juguetes. Estudia y se apasiona al instruirse en los anales del vestir de la Humanidad, lo cual va marcando a su celo de investigador surcos de descubrimientos. Se inicia en el saber de esas particularidades que daban hechura a los cascos de guerra o armaduras de combate medievales. Recorre afanoso puestos de hierro viejo, y adquiere trozos de aspecto inservible que, después de bruñidos en el taller de fragua instalado en su casa, le reservan a veces sorpresas inefables: una pieza del guantelete férreo que ciñó la mano de un Austria poderoso, y rastros de la celada que cubrió el rostro de Alejandro Farnesio.

En el año 1892, al celebrarse en la Biblioteca Nacional la Exposición Americana, conmemorativa del IV Centenario de su Descubrimiento, el Gobierno español invita al Marqués de Casa Torres a que exhiba su ya famosa colección de armaduras y tapices. Figuraban en ella la cota del caballero penitenciado Marqués de Pozas, cuya triste leyenda repercute en los ámbitos de Valladolid con siniestros reflejos de un auto de fe, y armaduras que cubrieron a los cortesanos de Felipe IV para justar en las fiestas de la plaza Mayor madrileña.

Al propio tiempo que esa armería de tan singular valor histó-



Retrato de Cervantes, perteneciente a la colección del Marqués de Casa Torres.

rico, D. Cesáreo Aragón ha ido agrupando en su morada muebles y pinturas, miniaturas y porcelanas de extraordinario mérito. No sólo se recrea en su posesión como sibarita del buen gusto, sino que contribuye con ellas a fomentar el esplendor de Exposiciones organizadas por el Gobierno español, enviando a ellas sus mejores cuadros. Atiende asimismo al requerimiento de entidades extranjeras, y en un certamen internacional celebrado en Londres, envía sus lienzos, obra de Velázquez, como embajada de Arte patrio que proclama la excelsitud de esa pintura nuestra.

En las soberbias estancias del palacio, en el que se han verificado memorables fiestas de sociedad, se ha llegado a reconstruir una época requerida con todos los accesorios de su estilo genuino. Por ello, en la sala de los Goyas, cuanto se contiene allí responde a inalterable unidad de conjunto, apreciable en todos sus detalles. Las telas que tapizan sillerías y cortinajes, el decorado de las puertas, un clavecino, la lámpara, el reloj, las porcelanas, reúnen la autenticidad coetánea del reinado de Carlos IV. Bajo el retrato de la reina María Luisa se ve una cómoda que bien pudo amueblar su cámara del Palacio de Aranjuez. También ha conseguido reunir el Marqués de Casa Torres, tras no pocas y laboriosas búsquedas, el más completo epistolario de autógrafos de Goya. Supo renunciar este gran patriota las fabulosas ofertas de editores extranjeros que ambicionaban publicarlas por su cuenta.

Ahora D. Cesáreo Aragón va a lograr su vehemente deseo de divulgarlas bajo los altos auspicios del Estado español. En Zaragoza se han dado ya a la imprenta del Instituto de «Fernando el Católico» esa recopilación de cartas, que reconcentran el mayor interés de psicoanálisis sobre el mago de nuestra pintura. Con el epistolario se insertan doctos comentarios del Sr. Sambricio, tan versado en estas materias culturales.

Otros salones alhajados con obras de Velázquez, Memling, Moro,

Watteau, Eugenio Lucas, Vicente López, Corot, Fortuny y Rosales, donde se exhiben asimismo tapices de Flandes que evocan a la infanta española Isabel Clara Eugenia, sirven de pórtico al santuario artístico en el que D. Cesáreo Aragón suele recogerse en eruditas soledades cervantinas. Al penetrar en él cualquier devoto del escritor máximo, no puede por menos de recitar la letanía del Señor Don Quijote, que compuso Rubén Darío, ante un cuadro pintado por Juan de Jáuregui. Fué éste poeta de altos vuelos que lució su ingenio en la Corte de los Felipes. Obtuvo la misma fama que en la lírica al manejar los pinceles, motivo de que solicitaran sus retratos los más encumbrados personajes de esa época de los Austrias. Era tan amigo de Cervantes, Lope de Vega y Góngora, censores de sus rimas, como del Greco, Velázquez y Pacheco, encomiásticos jueces de su pintura.

Es sumo deleite espiritual velar al príncipe de las Letras españolas junto a su efigie perpetuada por Jáuregui. Bajo el foco de luz que pone su aureola a esos rasgos sin retocar de su hechura primitiva, los labios del retratado parecen modular estas palabras, dictadas a la inspiración del pintor y prólogo de las *Novelas Ejemplares*:

«Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz curva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha muchos años que fueron de oro...»

Ante la rigurosa similitud entre lo que copia el retrato y esa descripción que de sí mismo hizo el retratado, experimentamos la deslumbrante certidumbre de hallarnos frente a Miguel de Cervantes Saavedra, quien encargó ese retrato a Jáuregui a fin de que sustituyera el prólogo de sus *Novelas Ejemplares*.

En esa misma sala tiene el Marqués otro cuadro pintado en aquella época: retrato del padre Palavicino, una de las mejores obras

del Greco. Se traduce su impresionismo con anticipada influencia de lo que será la pintura española de allí en adelante, por reminiscencias del genio de Domenico.

Grabados de Alberto Durero y Morgan. Después, la visión madrileñísima, captada en un lienzo del XVIII, de la romería de San Eugenio, en El Pardo, y tantas muestras de arte exquisito que la falta de espacio nos impide enumerar.

Por ese recorrido sentimental, que nos proporcionó las más puras emociones estéticas, damos rendidas gracias al ilustre prócer D. Cesáreo Aragón, tan incansable en la generosidad de poner a nuestro alcance las maravillas de su museo particular, como en el tesón de reunir esta colección impar, orgullo de un gran señor español.

